

CAPITULO V

La filosofía. Stuart Mill.

- I. La filosofía en Inglaterra.—Organización de la ciencia positiva.—Carencia de ideas generales.
- II. Por qué falta la metafísica.—Autoridad de la religión.
- III. Indicios y explosiones del pensamiento libre.—La exégesis nueva.—Stuart Mill.—Sus obras.—Indole de su espíritu.—A qué familia de filósofos pertenece.—Valor de las especulaciones superiores en la filosofía humana.

§ 1.º—LA EXPERIENCIA.

- I. Objeto de la lógica.—En qué se distingue de la psicología y de la metafísica.
- II. Lo que es un juicio.—Lo que conocemos del mundo exterior y del mundo interior.—Todo el trabajo de la ciencia consiste en añadir ó enlazar un hecho á otro hecho.
- III. La lógica tiene dos piedras angulares: la teoría de la definición y la teoría de la demostración.
- IV. Teoría de la definición.—Importancia de esta teoría.—Refutación de la teoría antigua.—No hay definiciones de las cosas, sino definiciones de los nombres.
- V. Teoría de la demostración.—Refutación de la teoría ordinaria.—Cuál es la parte demostrativa de un razonamiento.
- VI. Teoría de los axiomas.—Refutación de la teoría ordinaria.—Los axiomas no son más que experiencias de cierta clase.
- VII. Teoría de la inducción.—La causa de un hecho no es más que su antecedente invariable.—Sólo la experiencia prueba la estabilidad de las leyes de la naturaleza.—En qué consiste

una ley.—Por qué métodos se descubren las leyes.—El método de las concordancias, el método de las diferencias, el método de los residuos, el método de las variaciones concomitantes.

VIII. Ejemplo y aplicaciones.—Teoría del rocío.

IX. El método de deducción.—Su dominio.—Sus procedimientos.

X. Comparación del método de inducción y del método de deducción.—Empleo antiguo del primero.—Empleo moderno del segundo.—Ciencias que reclaman el primero.—Ciencias que reclaman el segundo.—Carácter positivo de la obra de Mill.—Sus predecesores.

XI. Límites de nuestra ciencia.—No es seguro que todos los hechos se verifiquen según leyes.—El azar en la naturaleza.

§ 2.º—LA ABSTRACCIÓN.

I. Concordancia de esta doctrina y del espíritu inglés.—Mezcla del espíritu positivo y del espíritu religioso.—Qué facultad abre el mundo de las causas.

II. No hay sustancias ni fuerzas, sino sólo hechos y leyes.—Naturaleza de la abstracción.—Papel de la abstracción en la ciencia.

III. Teoría de la definición.—La definición es la exposición de los elementos generadores.

IV. Teoría de la demostración.—La parte demostrativa del razonamiento es una ley abstracta.

V. Teoría de los axiomas.—Los axiomas son relaciones de términos abstractos.—Se reducen al axioma de identidad.

VI. Teoría de la inducción.—Sus procedimientos son eliminaciones ó abstracciones.

VII. Las dos grandes operaciones de la inteligencia: la experiencia y la abstracción.—Las dos grandes apariencias de las cosas: los hechos sensibles y las leyes abstractas.—Por qué debemos pasar de los primeros á las segundas.—Sentido y alcance del axioma de las causas.

VIII. Es posible conocer los elementos primeros.—Error de la metafísica alemana.—No ha tenido en cuenta el azar y las perturbaciones locales.—Lo que podría saber una hormiga filósofa.—Idea y límites de una metafísica.—Posición de la metafísica en las tres naciones pensadoras.

IX. Una mañana en Oxford.

I

Hallábame en Oxford el año pasado, durante las sesiones de la *British Association for the advancement of learning*, y, entre los pocos estudiantes que quedaban aún, trabé conocimiento y franca conversación con un joven inglés, hombre de inteligencia. Me llevaba por las noches al nuevo museo, atestado de ejemplares. Allí se explican cursos breves; se ponen en juego instrumentos nuevos; asisten señoras, á quienes los experimentos interesan; el último día, llenas de entusiasmo, cantaron *God save the Queen*. Yo admiraba aquel celo, aquella solidez de espíritu, aquella organización de la ciencia, aquellas suscripciones voluntarias, aquella aptitud para la asociación y el trabajo, aquella gran máquina impelida por tantos brazos, y tan bien construida para acumular, comprobar y clasificar los hechos. Y, sin embargo, en medio de tanta abundancia había un vacío: cuando yo leía las reseñas, creía asistir á un congreso de jefes de fábricas; todos aquellos sabios comprobaban detalles y cambiaban recetas. Me parecía oír á contramaestres comunicándose sus procedimientos para curtir el cuero ó teñir el algodón: faltaban las ideas generales. Me lamentaba del caso con mi amigo, y por la noche, á la luz de la lámpara, en medio del gran silencio que envuelve allí á una ciudad universitaria, inquiríamos juntos las razones.

II

Un día le dije: Les falta á Vds. la filosofía, entendiéndose por tal la que llaman metafísica los alemanes. Tienen Vds. sabios; no tienen pensadores. Les cohibe á Vds. su Dios: es la causa suprema, y no se atreven Vds. á discurrir sobre las causas, por respeto á él. Es el personaje más importante de Inglaterra, ya lo sé, y bien veo que lo merece, porque forma parte de la constitución, es el custodio de la moral, juzga en última instancia sobre todas las cuestiones, y sustituye ventajosamente á los prefectos y á los gendarmes de que están plagados aún los pueblos del continente. Sin embargo, esa alta jerarquía tiene el inconveniente de todas las posiciones oficiales; produce una jerga, prejuicios, intolerancia y cortesanos. Veá V. bien cerquita de nosotros al pobre Max Müller que, para aclimatar aquí los estudios sanscritos, se ha visto obligado á descubrir en los Vedas la adoración de un Dios moral, es decir, la religión de Paley y de Addison. Hace quince días leía yo en Londres una proclama de la reina prohibiendo jugar á los naipes en domingo, ni aun dentro de casa. Parece que si á mí me robasen, no podría reclamar contra el ladrón sin prestar el juramento teológico previo; de lo contrario, se ha visto al juez despedir al querellante, negarle justicia é insultarle, por si algo faltaba. Todos los años, al leer en sus periódicos de Vds. los discursos de la coro-

na, encontramos la mención obligada de la divina Providencia; esa mención se reproduce mecánicamente, como el apóstrofe á los dioses inmortales en la cuarta página de un discurso de retórica; y ya sabe V. que un día, habiéndose omitido el periodo piadoso, se hizo una segunda comunicación al Parlamento, expresamente para insertarlo. Todas esas impertinencias y todas esas pedanterías indican, á mi modo de ver, una monarquía celeste; y, como es natural, ésta se parece á todas las otras: quiero decir, que tiende á apoyarse en la tradición y la costumbre más que en el examen y la razón. Jamás hubo monarquía que invitase á la gente á compulsar sus títulos. Como la de aquí, por otra parte, es útil, aceptada voluntariamente y moral, no les subleva á Vds.: la acatan sin dificultades; la son fieles de corazón; creerían Vds. conmover la constitución y la moral si tocasen á ella. La dejan en el más alto de los cielos, entre los homenajes públicos, y Vds. se recogen, se reducen á las cuestiones de hecho, á las disecciones menudas, á las operaciones de laboratorio. Se van Vds. á coger plantas y á coleccionar conchas. La ciencia se encuentra decapitada; pero todo va á maravilla, porque la vida práctica se mejora, y el dogma queda intacto.

III

—Ya se conoce que es V. francés, me dijo: pasa V. por encima de los hechos, y del primer salto se

planta V. en una teoría. Sepa que entre nosotros hay pensadores, y no muy lejos de aquí—en Christ-Church, por ejemplo.—Uno de ellos, profesor de griego, ha hablado tan profundamente de la inspiración, de la creación y de las causas finales, que ha caído en desgracia. Vea V. esa obrita flamante, *Ensayos y Revisitas*; ahí están en resumen sus libertades filosóficas de Vds. del siglo pasado, las recientes conclusiones de la geología y de la cosmogonía, y las audacias de la exégesis alemana. Faltan varias cosas: entre otras, las bellaquerías de Voltaire, la jerga nebulosa de allende el Rhin y la grosería prosaica de M. Comte. A mi juicio, la pérdida no es grande. Aguarde V. veinte años, y encontrará en Londres las ideas de Paris y de Berlín.—Pero serán las ideas de Paris y de Berlín. ¿Qué tienen Vds. de original?—Stuart Mill.—¿Qué es Stuart Mill?—Un político. Su obrita *Sobre la libertad*, descuella por lo buena tanto como el *Contrato social* de su Rousseau de Vds. por lo mala.—Mucho decir es eso.—No, porque Mill afirma la independencia del individuo tan enérgicamente como Rousseau el despotismo del Estado.—Bien, pero eso no basta para constituir un filósofo. ¿Qué más es su Stuart Mill de Vds.—Un economista que va más allá de su ciencia, y que subordina la producción al hombre, en vez de subordinar el hombre á la producción.—Bien; pero tampoco basta eso para constituir un filósofo. ¿Hay algo más en su Stuart Mill de Vds.?—Un lógico.—Bueno, pero ¿de qué escuela?—De la suya. Ya le he dicho á V. que es original.—¿Es hegeliano?—¡Oh! ni por asomo: es demasiado partidario de los hechos y de las pruebas.—¿Sigue á Port-Royal?—Menos aún: conoce demasiado bien las ciencias modernas.—¿Imita á Condillac?—Nada de eso: Condillac no enseña más que á escribir

bien.—Entonces ¿qué amigos son los suyos?—Locke y M. Comte en primer término; en segundo lugar, Hume y Newton.—¿Es un pensador sistemático, un reformador especulativo?—Tiene demasiado talento para eso: no hace más que ordenar las mejores teorías y explicar las mejores prácticas. No se presenta majestuosamente como restaurador de la ciencia; no declara, como sus alemanes de V., que su libro va á abrir una nueva era al género humano. Camina paso á paso, con alguna cachaza y costeadando á menudo, al través de una multitud de ejemplos. Sobresale en el arte de precisar una idea, de desentrañar un principio, de reconocerle entre una multitud de casos diferentes, de refutar, de distinguir, de argumentar. Posee la penetración, la paciencia, el método y la sagacidad de un jurista.—Muy bien. Ya está V. dándome la razón de antemano: jurista, pariente de Locke, de Newton, de Comte y de Hume..., ahí no se ve más que filosofía inglesa; pero no importa. ¿Ha llegado á una gran concepción general?—Sí.—¿Tiene una idea personal y completa de la naturaleza y del espíritu?—Sí.—¿Ha reunido las operaciones y los descubrimientos de la inteligencia bajo un principio único que les dé á todas un sello nuevo?—Sí; sólo que hay que desentrañar ese principio.—Eso á V. le toca, y espero que se encargue de hacerlo.—Pero voy á caer en las abstracciones.—Eso no es ningún mal.—Pero todo eserazonamiento será como un seto de espinas.—Nos pincharemos los dedos.—Pero las tres cuartas partes de las personas dejarían á un lado esas especulaciones como ociosas.—Tanto peor para ellas. ¿Por qué vive una nación ó un siglo sino para formarlas? No se es completamente hombre sino por eso. Si algún habitante de otro planeta bajase aquí para preguntarnos á qué al-

tura se halla nuestra especie, habría que indicarle las cinco ó seis grandes ideas que tenemos sobre el espíritu y el mundo. Sólo eso le daría la medida de nuestra inteligencia. Expóngame V. su teoría; saldré de ella más enterado que después de haber visto los montones de ladrillo que llaman Vds. Londres y Manchester.

§ 1.—LA EXPERIENCIA.

I

—Pues entonces tomemos las cosas como lógicas, por el principio. Stuart Mill ha escrito una lógica. ¿Qué es la lógica? Es una ciencia. ¿Cuál es su objeto? Son las ciencias; porque supóngase V. que ha recorrido el universo y que le conoce totalmente: que conoce los astros, la tierra, el sol, el calor, la gravedad, las afinidades, las especies minerales, las revoluciones geológicas, las plantas, los animales, los acontecimientos humanos, y todo lo que explican ó abrazan las clasificaciones y las teorías; aún le quedarán á V. por conocer esas clasificaciones y esas teorías. No sólo existe el orden de los seres, sino el orden de los pensamientos que los representan; no sólo hay plantas y animales, sino una botánica y una zoología; no sólo hay líneas, superficies, volúmenes y números, sino una geometría y una aritmética. Las ciencias, pues, son cosas reales, como los hechos mismos: pueden ser, pues, como los hechos, una mate-

ría de estudio. Se las puede analizar, como se analizan los hechos; se pueden investigar sus elementos, su composición, su orden, sus relaciones y su fin. Hay, pues, una ciencia de las ciencias: esa ciencia es la que se llama lógica, y constituye el objeto del libro de Stuart Mill. Aquí no se descomponen las operaciones del espíritu en sí mismas, la memoria, la asociación de las ideas, la percepción exterior; eso es asunto de la psicología. Aquí no se discute el valor de esas operaciones, la veracidad de nuestra inteligencia, la certidumbre absoluta de nuestros conocimientos elementales; eso es asunto de la metafísica. Aquí se suponen en ejercicio nuestras facultades, y se admiten sus descubrimientos originales. Se toma el instrumento tal y como la naturaleza nos le suministra, y se confía en su exactitud. Se deja á otros la tarea de demostrar su mecanismo y la curiosidad de contrapesar sus resultados. Se parte de sus operaciones primitivas; se indaga cómo se agregan las unas á las otras; cómo se combinan las unas con las otras; cómo se transforman las unas en las otras; cómo, á fuerza de adiciones, de combinaciones y de transformaciones, acaban por componer un sistema de verdades enlazadas y crecientes. Se hace la teoría de la ciencia, como otros hacen la teoría de la vegetación, del espíritu, de los números. He ahí la idea de la lógica, y es claro que, con el mismo título que las otras ciencias, tiene su materia real, su dominio distinto, su importancia visible y su porvenir seguro.